

# Las actitudes juveniles y la educación

GUILLERMO SAVLOFF

## INTRODUCCIÓN

*PROFESOR TITULAR DE sociología de la educación en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata y profesor titular interino de teoría de la información en la Escuela Superior de Periodismo de la misma universidad. Graduado de profesor en filosofía y pedagogía. Fue director del Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Bs. Aires (1956-58). Asesor docente del Ministerio de Educación de la provincia de Bs. Aires (Instituto de Investigaciones Educativas) de 1957 a 1960. Director del Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de La Plata (1960-64). Profesor titular interino de sociología de la educación en la Facultad de Humanidades de La Plata (1964-68). Es autor de diversos trabajos de investigación y de publicaciones sobre temas de su especialidad. Ha dictado cursos en Córdoba y Tucumán.*

**E**NCARAMOS el tema en dos partes. La primera se propone algo así como un retrato del movimiento estudiantil actual en nuestro país, particularmente en sus actitudes hacia el sistema educativo. La segunda intenta llegar algo más a fondo en uno de los aspectos del movimiento: el cuestionamiento ideológico. Ambos puntos son ciertamente de difícil tratamiento, no solamente porque carecemos de base en suficiente material informativo o en análisis de calidad, sino también porque se trata de hechos que están conmoviendo la vida universitaria en el momento presente, de modo que son dudosas las garantías de objetividad posible. Se trata realmente de un tema crítico. Tenemos alguna posibilidad de evadirnos elegantemente apelando a viejas categorías de la psicología del adolescente, hablando de las generaciones o ubicando el tema en un plano universal, lo que nos permitiría recurrir al mayo francés o el fenómeno "hippy" sin mayores compromisos. Si en cambio pretendemos mantenernos en el marco nacional y referirnos a nuestros problemas sociales

y universitarios, debemos disminuir nuestras pretensiones de objetividad y tratar de producir un ensayo más bien propicio a la polémica. Sabemos que esto no facilitará la extracción de conclusiones definitivas sobre el tema, pero ayudará a sistematizarlo como problema.

### *Primera Parte*

## EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

### 1. LAS ACTITUDES DOMINANTES

El sistema educativo argentino está siendo sacudido hasta sus cimientos por un proceso de crítica activa que tiene por protagonista al estudiante universitario y parcialmente al secundario. Es inútil disimular su importancia utilizando criterios estadísticos de representatividad al uso de los cálculos electorales, para concluir que no son todos los estudiantes ni la mayoría, sino minorías o grupúsculos manejados por activistas. Como los grandes hechos históricos, el valor del proceso se hace patente en la fuerza que lleva y ésta se mide por los efectos que objetivamente produce. En este caso, las actitudes estudiantiles constituyen sin duda desde hace unos años uno de los hechos políticos destacados del país. La caída de un militar presidente de la Nación en cuyas manos se hallaba concentrado el mayor poder ejecutivo y represivo de la historia argentina, no se explica del todo si no se tiene en cuenta el movimiento estudiantil. Desde entonces las consecuencias son visibles y constantes y, para mencionar sólo las de orden educativo, debe atribuirse a las actitudes estudiantiles efectos tales como relevos de rectores y decanos, clausuras de facultades, modificaciones de hecho a la legislación universitaria, supresión de carreras, expulsión de profesores, en suma, un estado que puede considerarse normal de cuestionamiento y conflicto. Estos son activos o potenciales según los momentos, en la mayoría de las universidades sin excluir las privadas, sin que el sistema de autoridad nacional y educacional pueda evitarlo.

Si en lugar de apelar a argucias estadísticas y a mitos tales como el de “la mayoría silenciosa” se advierte que el estudiantado no ofrece otras manifestaciones de sentido opuesto, y que aquéllas son sistemáticas y constantes, se reconoce la fuerza social que ese proceso tiene en la práctica y se concluye que debe ser considerado realmente representativo del estudiantado argentino de hoy.

## *Actitudes juveniles y educación*

El movimiento estudiantil significa un formidable juicio popular al sistema educativo nacional. Como los juicios "por jurados", los jueces no están en este caso consagrados por sus títulos y cargos. No los respalda el saber codificado, la edad, la experiencia ni el sentido del equilibrio. No tienen los ojos vendados. Su autoridad consiste precisamente en que les falta todo eso. En realidad, la única vinculación que tienen con un juicio es que como estudiantes son constantemente juzgados. Juzgados con autoritarismo o con paternalismo, hasta con *eros pedagógico*, figuran siempre como conducidos, como orientados, como enseñados, como evaluados. Pues bien; los evaluados de siempre se han puesto en jueces sin esperar la designación y han conmovido de un golpe todo el sistema educativo y algo del sistema social.

Referirse al movimiento estudiantil como un juicio al sistema educativo es expresar la verdad a medias. La mitad que falta decir es que lo hace con un enfoque eminentemente político. La crítica al sistema educativo no es didáctica. Consiste fundamentalmente en señalarlo como aparato político, como función de un tipo de Estado, como instrumento de una cierta forma de organización nacional, como dispositivo de una determinada estructura de clases.

Hasta ahora la educación había tenido éxito exhibiéndose como ajena a lo político. Todo lo político reconocido en educación era una legislación y un ministro. Lo demás aparecía como un aspecto administrativo o técnico-administrativo (carreras, planes de estudio, títulos), bien como un problema didáctico (organización y metodología de la enseñanza), bien como un asunto psicopedagógico (aprendizaje, conducta), bien como una cuestión científica (contenidos), o bien como un tema filosófico (fines). La pedagogía había elaborado conceptualmente la apoliticidad del sistema, apoyándose en supuestos tales como la validez universal de la cultura, el carácter desinteresado del saber, la naturaleza objetiva de la ciencia. Incluso popularmente era general la creencia de que la educación es buena e indiscutible en sí misma. Sólo quedaban como problemas la necesidad de una expansión constante del sistema y el perfeccionamiento de su eficacia cualitativa.

El movimiento estudiantil, sin mucho teorizar, ha desbaratado tan cuidadosa organización de la apoliticidad del sistema educativo. A cada aspecto de la educación la ha puesto un apellido de abolengo político: a la legislación educativa la ha llamado colonialista; a los planes de estudio, tecnocráticos; a los sistemas de admisión, clasistas; a la metodología, autoritaria; a los contenidos, ideológicos.

Es así como las actitudes estudiantiles trascienden el campo pedagógico y se constituyen en movimiento político. Esto es lo que les da sentido pero también lo que las sume en la contradicción de rechazar el sistema educativo y a la vez constituirlo como estudiante. Pero esta contradicción forma parte de un proceso dialéctico más amplio que caracteriza la historia presente del país, ella misma motorizada por las contradicciones. En concreto, el dualismo de la actitud estudiantil sólo tendrá solución desde el país, desde su pueblo.

Un primer resumen nos permite definir las siguientes notas del movimiento estudiantil: a) tiene las características de un auténtico movimiento de masas; no es producto de manipulaciones extrañas; b) expresa realmente al estudiantado argentino; no es resultado de planes siniestros de ciertas minorías con intenciones inconfesables; c) abre juicio sobre el sistema educativo nacional en tanto sistema; lo cuestiona, lo rechaza, lo sacrifica; no busca cambiarlo, mejorarlo, reajustarlo; d) desnuda el carácter político de la educación, concibe la educación como hecho político, ilumina la politicidad de cada uno de los aspectos del proceso educativo: fines, objetivos, contenidos, métodos, organización, legislación; e) instala definitivamente la contradicción de poderes y el conflicto en el sistema educativo, y no admite integrar su gobierno como no le interesa mejorar su calidad didáctica; f) la actitud estudiantil es ambigua considerada en sí misma pero dinámica, en la medida en que se instala en la dialéctica nacional del lado de las clases populares.

## 2. EL PERFIL DE LAS ACTITUDES ESTUDIANTILES

Debemos optar por algún criterio racional para esbozar las líneas que definen al movimiento estudiantil, pero el método sociológico nos ayuda muy poco en una materia tan crítica. ¿Qué selección de datos no sería sometida a crítica? ¿Qué encuesta no sería cuestionada? ¿Qué experto, qué consultor no sería desautorizado? Abandonados, pues, por el criterio empírico, lo único válido aquí es explicar el enfoque y dejarlo librado a la polémica.

Pues bien, nuestro criterio es determinar el perfil del movimiento por sus actos más radicales, por sus actitudes heterodoxas, por sus decisiones más avanzadas. Tratándose de un movimiento que se concibe a sí mismo como revolucionario, creemos que se revela mejor cuando actúa para llegar más lejos.

## ***Actitudes juveniles y educación***

Creemos que ello ocurre en tres direcciones: en relación con el sistema social nacional, en relación con la universidad y en relación con el cuestionamiento ideológico.

### **3. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTEL Y EL SISTEMA SOCIAL**

Cuando critica al sistema educativo, el movimiento estudiantil apunta a la estructura social nacional, a la que descubre embarcada en el neocolonialismo y la lucha de clases. A su juicio, el sistema educativo es un dispositivo para satisfacer las necesidades de dominación imperialista, particularmente por parte del capitalismo monopólico norteamericano, y la dominación de clase que explota al pueblo trabajador. Entiende que al servicio del mismo sistema está el Estado nacional y todo su aparato jurídico-político. Cree que el sistema educativo actúa practicando la selección social, volcándose a formar la mano de obra necesaria para una economía dominada por la gran empresa internacional, formando los científicos, técnicos y profesionales que colaboren con la explotación desde todas las instituciones sociales sea aportando paliativos, sea manipulando las conciencias, sea fabricando ideología.

Por las mismas razones, comprende que el problema no está en la educación sino en la sociedad y esto lo lleva inexcusablemente a la lucha revolucionaria, antiimperialista y anticapitalista. Esto hace del actual movimiento estudiantil un movimiento social revolucionario. También lo fue la Reforma Universitaria de 1918: es concida su identificación inicial con la revolución social latinoamericana. En los hechos, sin embargo, el Reformismo se canalizó hacia la integración en la democracia formal: participación estudiantil en el gobierno universitario, representación de los sectores populares en el parlamento, legislación progresista, etcétera.

El movimiento estudiantil de hoy es conscientemente no-reformista: rechaza la democracia burguesa en todas sus manifestaciones: partidos, leyes, gobierno universitario, asociaciones gremiales. Esta actitud lo lleva a una revalorización de la acción directa. Se plantea entonces otra modalidad del movimiento estudiantil: su actitud hacia la violencia.

No tiene dudas sobre la violencia. Sin embargo, no la asume sino por considerarla inevitable. En su enfoque, la violencia es una característica del sistema social imperante en el país: está en la explotación del obrero, en la subalimentación, en la mortalidad infantil; está en la desocupación, la villa miseria, la deserción escolar; está en la manipulación mental por los medios de comunicación de masas. Se la ve dentro del sis-

tema educativo mismo cuando se apalea a profesores y estudiantes, se prohíben asambleas, se expulsa a alumnos, se controla la disciplina con ayuda de la policía. La violencia del sistema a veces se hace visible para el estudiante en formas muy contundente: carros de asalto rodeando las facultades, bombas lacrimógenas en sus manifestaciones callejeras. Sabe por otra parte que eso no es sino la manifestación menor de un aparato represivo armado que opera cotidianamente con la estrategia de la frontera ideológica y de la guerra interna. Conoce de allanamientos, secuestros, prisiones, torturas y muertes por motivos políticos o sindicales. Según la óptica del movimiento estudiantil, no se le ha dado a elegir entre la paz y la violencia, porque la paz no existe en un país cuya estructura necesita del gobierno de las fuerzas armadas para no derrumbarse. Ante el hecho de la violencia institucionalizada, acepta la violencia como método para romper un sistema social opresivo y colonial. Las guerras populares latinoamericanas son caras al movimiento estudiantil.

Esta posición revolucionaria del estudiantado no es asumida en forma independiente de las masas, y en esto anotamos otra de las actitudes definitorias del movimiento: su vocación popular. Ya no cree en la utilidad de luchar por "una Universidad abierta al pueblo", como lo proponía el Reformismo. La percepción de la ausencia de la clase trabajadora en la universidad actúa como estímulo para aliarse con ella en la lucha social. La presencia obrera en la universidad está dibujada "en hueco" en la actitud estudiantil de volcarse a la lucha política real, más allá del microclima académico.

La oposición a un sistema social calificado como colonial y capitalista, el rechazo del formalismo democrático-burgués, la aceptación de la violencia y la unidad de lucha con la clase obrera marcan el perfil del movimiento estudiantil en cuanto a la realidad nacional.

#### 4. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y LA UNIVERSIDAD

El golpe de estado de 1966 tuvo entre sus objetivos terminar con la universidad liberal y con "la política" en las casas de estudio. Para eso impuso, entre otras cosas, suprimir la participación estudiantil en el gobierno universitario y disolver los centros de estudiantes. El mismo régimen está proponiendo en la actualidad el cogobierno y la agremiación estudiantil. Ahora el movimiento estudiantil rechaza ambas cosas. En realidad, cuando se produjo la intervención a las universidades, se obtuvo un resultado histórico: el mundo académico despertó del sueño democrático y

los estudiantes comenzaron a comprender que deberían recorrer un largo camino que no pasaba por la administración tripartita.

Algo lejos ya de aquel momento, el estudiantado se organiza y se expresa ahora por métodos de democracia directa que han hecho inoperantes a los centros estudiantiles clásicos: asambleas estudiantiles o estudiantil-docentes, asambleas de curso, discusión en comisiones de trabajos prácticos, delegados por comisión y por curso, cuerpo de delegados. Estos mecanismos han nacido de la acción y la lucha y el estudiante no se ha sentido "representado" en ellos, sino que se ha sentido presente. El gran esfuerzo por agremiarlos y por hacerlos representar en el gobierno universitario lo están haciendo ahora las autoridades. También han sido rebasadas las tendencias políticas estudiantiles, a las que les cuesta hacerse oír y que, sin dejar de intervenir, no han logrado gobernar el movimiento.

Pero esta práctica de la acción directa vale sobre todo por su significado político: expresa el principio de ejercer el poder en forma directa, por propia decisión de la masa estudiantil. Y se trata efectivamente de un ejercicio real del poder, por contraposición al método de ejercer el gobierno. Ejercer el gobierno es integrar el sistema que se quiere destruir; es legitimarlo y reforzarlo. Ejercer el poder a partir de una democracia de masas es una experiencia profunda que refuerza la actitud revolucionaria. De este modo en las facultades se fueron creando contrasistemas de poder que en los hechos han debido ser reconocidos por el aparato oficial de autoridad. Operan así dos poderes: el de arriba y el de abajo. El de arriba recibe su legitimación de la consagración del gobierno nacional, lo cual es notablemente una consagración políticamente condicionada. El de abajo no necesita legitimarse, le basta con existir: modifica las cosas por el solo hecho de existir. En la práctica suelen darse relaciones de coexistencia pacífica o de abierto enfrentamiento, pero en este último caso no se debe a que los estudiantes agredan a las autoridades, sino a que éstas se oponen a aceptar los hechos que los estudiantes producen.

Por supuesto, esa dualidad de poderes no puede ser no ya aceptada sino comprendida por quienes creen que la autoridad y la ley deben gobernar, no la gente. Por este motivo la actitud estudiantil de ejercer el poder establece el conflicto como modalidad normal de la vida universitaria. Dado la condición política de la universidad como institución y dado la base política de la actitud estudiantil, el conflicto carece de solución real.

## 5. EL CUESTIONAMIENTO IDEOLÓGICO

Las actitudes estudiantiles se manifiestan asimismo en la lucha ideológica practicada a propósito de la orientación de planes de estudios y carreras, programas de investigación y contenidos de enseñanza. Se hacen críticas y denuncias de carácter ideológico, se organizan juicios políticos a profesores, se niega asistencia a clase o a examen, se promueven cursos libres y cátedras paralelas. La autoridad oficial, en cada caso, suele rechazar tales procedimientos en los principios, pero son muchos los casos en que accede en los hechos. En este aspecto, el movimiento estudiantil apunta a uno de los costados más sensibles del sistema educativo, que reacciona amparándose en fórmulas tales como la libertad de cátedra o el derecho de enseñar.

El movimiento estudiantil no se ha ocupado de teorizar su actitud. El cuestionamiento ideológico forma parte de su práctica concreta, como consecuencia de su punto de partida político. Si se percibe que la educación funciona para consolidar un sistema opresor, es lógico advertir que ese objetivo se cumple a través de los contenidos de enseñanza y que sus agentes son los profesores. Esta actitud señala el hecho de que el carácter científico o cultural de los contenidos es más aparente que real, pues ocultan siempre una determinada interpretación en función del sistema dominante y sus clases hegemónicas. Ese carácter ideológico de los programas puede no ser explícito; puede inclusive no obedecer a un propósito consciente del profesor, pero existe en todo contenido y se hace particularmente visible en materias de carácter humanístico o social.

Para el movimiento estudiantil todo el sistema educativo cumple en sus contenidos una función primero ideológica y en segundo término científica, técnica y cultural —y esto más bien en función de ocultamiento que de conocimiento. En la práctica, pues, los estudiantes han invertido los términos de la versión oficial sobre los contenidos de la enseñanza que se les ofrece.

Ahora bien; la actitud de cuestionamiento ideológico no pasaría de ser una crítica teórica si el estudiantado constituyera un “movimiento de opinión”, una corriente filosófica. Como hemos visto, se ubica a sí mismo en un papel político dentro de un proceso revolucionario popular. Su posición no es por lo tanto la de un polemista sino la de un combatiente; su arena no es el parlamento sino la lucha popular. No busca denunciar errores: quiere destruir el sistema que los elabora. No aspira al triunfo teórico de la verdad sino la transformación de la realidad. Es



por eso que cuando cuestiona combate la institución y sus funcionarios. Pero el propio sistema lo autoriza.

En efecto, todo estudiante conoce que existe una práctica de cuestionamiento ideológico realizada en todas las épocas por el régimen oficial de turno. Se conoce que se ha impedido el ingreso a la enseñanza, o se ha expulsado de ella, a profesores e investigadores por ser, según la época, liberal, peronista, comunista o católico. El estudiante de hoy conoce ejemplos próximos en ese sentido, aparte de que sabe que hay un cuestionamiento latente sobre toda la universidad, por parte del aparato de poder. Pero si una cátedra o un profesor, de hecho, pueden ser cuestionados desde arriba, entonces pueden ser cuestionados. Hacerlo desde abajo modifica la perspectiva pero no viola la tradición.

## 6. EL CONTENIDO DEL CUESTIONAMIENTO

El contenido del cuestionamiento ideológico que proviene del movimiento estudiantil deriva de la doctrina antiimperialista y anticapitalista con que interpreta la realidad nacional, así como el papel de la universidad en ella. Sin embargo, ¿por qué se han cuestionado algunas cátedras y no otras, tales planes de estudio y no otros, si se considera que el sistema educativo en su conjunto opera en el mismo sentido? Como es su característica general, las actitudes estudiantiles no responden a una programación sistemática, sino a los altibajos de la lucha práctica. En esto tiene que ver el grado de conciencia política del estudiantado de una facultad o una carrera determinada, así como la correlación de fuerzas entre los dos sistemas de poder, en cada caso. Por otra parte, se tiende a cuestionar las cátedras cuya vinculación con el sistema es más ostensible. Si se analiza la mayoría de los casos, se advierte que se trata de cátedras cuyos profesores ejercen alguna función política práctica al servicio del régimen imperante, sea en carácter de investigadores, asesores o funcionarios, tanto en organismos gubernamentales como en grandes consorcios extranjeros.

En el mismo sentido, tienden a ser cuestionadas cátedras cuyos programas son notablemente funcionales al sistema, por ejemplo para la formación de especialistas que interesan directamente a los monopolios o a las relaciones sociales generadas por ellos. Por oposición a la cultura universitaria tradicional, en estos programas están acentuados los aspectos cientificistas, tecnocráticos o de manipulación humana.

Con relación a las cátedras no cuestionadas, la actitud estudiantil se manifiesta como expectativa por la inclusión en sus programas de los puntos de vista heterodoxos en la materia (cosa que, a pesar de las protestas de antidogmatismo, no se hace comúnmente en la universidad). En el caso de disciplinas de naturaleza más estrictamente científica o técnica que las humanidades la actitud de cuestionamiento no se halla ausente y tiende a manifestarse en un sentido más global, propiciando una estructuración del plan de estudios más orientada a los problemas nacionales o a las necesidades populares.

El cuestionamiento no ha excluido los métodos de aprendizaje y evaluación. En ellos el movimiento estudiantil ha descubierto connotaciones individualistas y competitivas que expresan la ideología burguesa y cuya aplicación refuerza la formación humana para la adaptación al sistema social dominante. El movimiento ha propuesto formas colectivas de estudio y evaluación, que la pedagogía y la psicología vienen sugiriendo de antiguo sin mayor éxito en la universidad, y que el movimiento estudiantil ha revalorizado en función de un significado político. Por este costado que llamaríamos didáctico, el movimiento ha mostrado gran potencialidad creadora, imaginación y responsabilidad. Pero en todos los casos, valga la insistencia, las experiencias no se justifican sólo por la eficacia didáctica sino sobre todo por su valor político de desmitificación y desacralización de un régimen educativo que, operando como rutina, tiende a presentar como naturales y únicos posibles, procedimientos didácticos que sólo valen en función de un determinado tipo de sociedad.

En síntesis, el cuestionamiento de contenidos y métodos es mucho más que una suma de reacciones accidentales y caprichosas contra profesores. Mucho más, también, que explosiones de agresividad personal, como supondrían los psicólogos del régimen; o que falta de respeto y consideración por la persona y la autoridad del profesor, como suponen aquellos que están atados a una moral estrechamente individualista. El cuestionamiento ideológico es uno de los rasgos más esenciales del movimiento estudiantil, junto a su postura nacional y revolucionaria y su sistema de poder autónomo. El denominador común de estos tres rasgos es, como lo planteamos al principio, la percepción política del sistema educativo: un acto que de golpe desnuda la educación y la descubre como es, condicionada e instrumental, bajo su ropaje pretendidamente universal, científico y humanístico.

## 7. LA JUSTIFICACIÓN HISTÓRICA DE LAS ACTITUDES ESTUDIANTILES

¿Tiene sentido objetivo el movimiento estudiantil que venimos describiendo? ¿Se justifica históricamente? ¿Tiene una base efectiva en la realidad social y política nacional? ¿O más bien responde a una perturbación psicológica, algo así como una enfermedad del crecimiento, o un conflicto generacional? La respuesta a estos interrogantes depende del enfoque ideológico con que se mire. En esto vemos tres alternativas.

Si se sostiene el punto de vista liberal clásico la posición estudiantil resulta incomprensible, absurda y repudiable. La conservación de las estructuras económicas y sociales tradicionales supone una universidad concentrada en los altos quehaceres de la cultura superior, y un estudiantado disciplinado en sus relaciones con la autoridad y dedicado por entero al estudio. La política es algo ajeno a la universidad y por otra parte asunto de adultos.

Otro punto de partida es el desarrollista. Según este enfoque se hace necesario un cambio de estructuras y, naturalmente, la universidad debe caracterizarse por su compromiso con el crecimiento económico y el cambio social. Ella deberá producir, precisamente, los técnicos y especialistas que necesita la moderna empresa. Junto a las nuevas generaciones empresariales, promotoras de la industrialización, los universitarios compondrán las nuevas élites modernizadoras trabajando en las investigaciones básicas, el planeamiento, la organización administrativa racional y los servicios que hacen a las relaciones humanas. El movimiento estudiantil es comprensible como reacción a un sistema social perimido, pero deberá integrarse constructivamente a una universidad volcada al desarrollo, evitando caer en posiciones políticas extremas que en última instancia obstaculizan el cambio. Esto no significa que la universidad permanezca ajena a la política, pero deberá ser a la gran política nacional y en un nivel estrictamente científico y tecnológico.

Una tercera respuesta proviene de la posición revolucionaria. Para ésta el país está integrado en la periferia del campo internacional imperialista, hegemonizado por el capitalismo monopolístico norteamericano. Su actual estructura económica, social y cultural son resultados de esa dependencia y ningún cambio puede producirse en un sentido popular sin la ruptura con el capitalismo imperialista. El cambio social y el desarrollo, promovidos sobre la base de la dependencia, no son más que ideologías encubridoras de un reajuste de la estructura nacional a las nuevas condiciones de la dependencia, ahora que el país ha dejado parcialmente de

ser agroexportador y dispone de un grado relativo de industrialización. No hay otra salida que la ruptura, que ahora quizá deberá ser violenta, de nuestra condición de colonia, lo que significará al mismo tiempo el comienzo de la edificación de una sociedad socialista. Estando la universidad totalmente condicionada por la dependencia imperialista y la estructura de clases derivada de aquella, no cabe ninguna posibilidad de mejorarla. Por el contrario, los reiterados intentos por modernizarla, volcándola hacia una orientación científicista y tecnocrática, no son más que intentos de reajustarla a las necesidades actuales del imperialismo en el país. El estudiantado, lejos de integrarse al reajuste que hará de él un experto en explotar al pueblo o en manipular su conciencia para evitar su reacción contra el sistema, deberá por el contrario sumarse a las luchas populares contra el colonialismo y el capitalismo, a fin de crear, por la acción política, las condiciones en que podrá surgir el hombre nuevo en la Argentina. Su misión no es encerrarse en el estudio o prestarse como técnico a la política del imperialismo, sino hacer la revolución.

No nos proponemos discutir a fondo la legitimidad de cada una de las tres respuestas, para cada una de las cuales la actitud estudiantil tiene un significado diferente. Para la primera posición, las actitudes estudiantiles actuales son incomprensibles y absurdas. Para la posición desarrollista, son comprensibles pero equivocadas. Para la posición revolucionaria, que compartimos, es completamente legítima, es decir, cumple un papel histórico real, cuyo destino final se decidirá no en la universidad, sino en el plano de las clases populares. Es precisamente colocándose en el punto de vista popular que se comprende que no tiene sentido hacer otra cosa en la universidad. De cualquier modo, creemos que no es analizando las actitudes estudiantiles desde un enfoque académico, sino desde un punto de vista político, que es posible juzgar sobre su justificación histórico-social.

## *Segunda Parte*

### LA IDEOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD

#### 8. LA OBJECCIÓN AL CUESTIONAMIENTO

Hasta el presente la universidad —genéricamente hablando— no ha elaborado racionalmente el problema del cuestionamiento. Hemos visto que al movimiento estudiantil no le ha interesado apelar a justificaciones

teóricas en ese sentido. Por su parte, los sectores universitarios que se oponen no van más allá de criticarlo reproduciendo sistemáticamente algunas fórmulas de la ideología universitaria liberal tradicional que, si bien merecen respeto, no son adecuadas para comprender el fenómeno. Se protesta algo mecánicamente contra el dogmatismo y el totalitarismo, con argumentos estereotipados que a lo largo de cuarenta años se aplicaron indistintamente al fascismo, al estalinismo, al nacionalismo, al peronismo, al desarrollismo y al actual socialismo revolucionario. Pero veámoslo en forma analítica y hasta donde nos sea posible, académica.

A nuestro modo de ver, sobre el cuestionamiento ideológico se dan dos enfoques opuestos, no susceptibles de conciliación. El enfoque que se opone al cuestionamiento se apoya en algunos principios esenciales de la doctrina liberal. Sus formulaciones básicas son: la libertad de pensamiento; la libertad de cátedra; la universalidad académica; la exterioridad de la política con respecto a la especificidad de lo académico; la objetividad de la ciencia. Sus planteos suelen formularse más o menos del siguiente modo:

“La universidad, por su propia esencia, debe estar abierta a todas las ideas. Estas pueden ser expuestas con toda libertad, a condición de que se lo haga en el nivel académico, es decir, específicamente universitario. El profesor goza de libertad de cátedra. No puede ser cuestionado por su posición doctrinaria, siempre que la mantenga en el plano específicamente académico. Pero la cátedra no puede servir como vehículo de una ideología, pues eso es caer en el adoctrinamiento. La política debe practicarse fuera de la universidad. Hacerlo adentro, es traer preocupaciones ajenas al quehacer universitario. El exponer un solo punto de vista es dogmatismo. El profesor debe enseñar al alumno todos los puntos de vista, para que éste escoja libremente”.

A veces suele agregarse que si bien la política no debe entrar en la universidad, ello no significa que las casas de estudio se nieguen a considerar los grandes problemas nacionales, con la objetividad y el nivel académico que debe caracterizarla.

Si sistematizamos la argumentación expuesta, veremos que su oposición al cuestionamiento ideológico se asienta en el juego formal o verbal de términos contrapuestos. Estas contraposiciones, dado su carácter extremadamente formal y abstracto, sirven para justificar u objetar algo según el interés del emisor del argumento. Para decirlo con el lenguaje apropiado, la isotopia fundamental es la contraposición Libertad - Totalitarismo. A partir de ella derivan un conjunto de oposiciones, a saber:

- 1 Libertad - Totalitarismo.
- 2 Universalidad - Dogmatismo.
- 3 Especificidad académica - Adoctrinamiento político.
- 4 Objetividad científica - Ideologías.
- 5 Libertad de cátedra - Cuestionamiento.

Conforme a esta vertebración, los polos positivos de las oposiciones se refuerzan unos a otros (libertad, universalidad, especificidad académica, objetividad científica, libertad de cátedra), y en conjunto apuntalan la llamada libertad de cátedra. Por oposición, este mecanismo permite acumular sobre el cuestionamiento los caracteres negativos del dogmatismo, el adoctrinamiento, las ideologías que, en última instancia, son manifestaciones de totalitarismo.

Haciendo oposiciones blanco-negro, bueno-malo, pero siempre en un nivel abstracto, es decir, eludiendo definir el significado concreto de cada término, se construye una estructura semántica de aparente unidad interna. Si pretendemos objetar el pensamiento organizado sobre esa estructura, chocamos con su coherencia formal, a lo que se agrega el riesgo de quedar en la poco elegante situación de resultar automáticamente etiquetado con calificativos tales como dogmático, ideológico, totalitario. Pero donde está su coherencia, está su debilidad.

En efecto, toda la estructura se desmorona apenas se pone en evidencia su naturaleza puramente formal. El contraste con la realidad efectiva de la que se pretende hacer afirmaciones tan generales, mostrará que se trata de un conjunto de falsas oposiciones. Si por un instante nos colocamos en un nivel de tipo periodístico y no carente de algo de humor, bastaría recordar hechos concretos tales como las directivas del gobierno a los rectores, por ejemplo cuando afirma con relación a la autonomía universitaria que el gobierno es repetuoso de ella, "pero esto no autoriza a la universidad a convertirse en un reducto aislado de la comunidad, en donde se desarrollen e imperen ideologías y actitudes contrapuestas a las aspiraciones y convicciones del pueblo y el gobierno de la Nación". O bien la vigencia y aplicación sistemática de la ley llamada anticomunista, según la que un profesor no puede ejercer la docencia en la enseñanza oficial ni en la privada si recibe determinada calificación ideológica por parte de un organismo represivo.

Pero si nos ubicamos en el nivel del análisis científico, hallamos que la sociología de la cultura y la sociología del conocimiento han puesto en evidencia que siempre la expresión del pensamiento, inclusive el científico, está ideológicamente condicionada y responde a la perspectiva do-

minante en la estructura de clases de una sociedad. Si ello es así, la universidad no está libre de ideología, ni es libre de desarrollar todas las ideologías, ni es posible en la realidad la efectiva libertad de cátedra. La universidad es mantenida para expresar, a nivel teórico o académico, las tendencias dominantes en la estructura social concreta y no otra cosa. Si, pues, se pretende asociar ideología con dogmatismo, adoctrinamiento y totalitarismo, para calificar a alguna posición heterodoxa manifestada en el seno de la universidad, no es porque del lado de la universidad oficial reinen los principios opuestos (universalidad, objetividad, libertad, etc.), sino porque ella debe velar por el predominio de la ideología dominante en el país. La argumentación liberal, pues, está construída sobre falsas oposiciones. Esa falsedad no aparece cuando las expresiones se dan en un estilo puramente formal y abstracto, sino cuando se analiza la realidad de qué orientación tiene cada plan de estudios, cuáles son los contenidos que se desarrollan en una cátedra, etcétera. Si esto se hace, la verdadera oposición será la de Ideología oficial - Ideología opositora, pero no Objetividad - Ideología, por ejemplo.

## 9. LA HISTORIA DE LAS UNIVERSIDADES Y LA IDEOLOGÍA

Las consideraciones anteriores derivaron de los planteos de la sociología del conocimiento, que no es posible desarrollar en este trabajo. Al mismo resultado arribamos si apelamos a la comprobación histórica. Un recorrido a vuelo de pájaro por la historia de las universidades argentinas muestra que han sido reacondicionadas ideológicamente con cada cambio político importante acaecido en el país. Para no volver al siglo pasado, basta atender a fechas tales como 1916, 1930, 1945, 1955, 1966... Cada una de ellas ha dibujado marcas profundas en la institución universitaria. Los calificativos al uso en cada oportunidad no dejan lugar a dudas; universidad aristocrática (1918), universidad demagógica (1930), universidad oligárquica (1945), universidad totalitaria (1955), universidad liberal (1966). Las repercusiones nunca se limitaron a proferir adjetivos políticos: con cada cambio caen autoridades universitarias, cambian profesores, se reestructuran facultades, se modifican planes de estudio, se sustituyen orientaciones científicas y filosofías (por lo común, en la persona de sus portadores académicos), etcétera. ¿No se ha sugerido, estos últimos meses, en las mismas directivas antes citadas, la posibilidad de proceder al cierre de facultades o cambios en el nivel de ciertas carreras, por motivos políticos?

En síntesis, la universidad no es una isla, ni académica ni democrática y, rigurosamente ligada al sistema político de turno, sobrevive con un estrecho margen de libertad interior. Por otra parte, una historia objetiva de la vida universitaria vista por dentro agregará, sin duda, a las presiones políticas globales, los laberínticos procedimientos internos de la política universitaria en materia de concursos, designaciones, creación y supresión de materias e institutos, asignación de recursos, etc., que mostrarán cómo los condicionamientos internos se suman a los externos para determinar el tamaño real de la libertad académica posible.

Debemos dedicar un párrafo a un argumento a favor del criterio liberal. Es el que afirma que la prueba de que en la universidad es efectiva la libertad ideológica está en el hecho de existir en su seno cátedras y talleres de orientación heterodoxa, con profesores que sustentan las más diversas ideologías. Este argumento es correcto en el hecho que señala, pero no es verdadero en su conclusión. En efecto, la existencia de orientaciones heterodoxas en la universidad tiene la siguiente explicación: a) esas orientaciones responden a la existencia de fuerzas internas efectivas, radicadas en el estudiantado y en importantes sectores de profesores auxiliares; b) se trata de casos aislados y minoritarios, no dominantes; c) su existencia facilita la pacificación interna de la universidad, en un momento en que el gobierno la necesita; d) permiten elaborar una imagen de universidad abierta y democrática; e) por todos esos motivos, la presencia de orientaciones heterodoxas tiene un significado ambiguo: constituye un riesgo político por una parte y ayuda a consolidar el statu quo por otra. Ha de ser la evolución política nacional la que determinará cuál de los dos aspectos predominará sobre el otro. El hecho, pues, no expresa la vigencia del principio formal de la libertad ideológica, sino la existencia de una necesidad real y circunstancial de admitirlo.

Se ha dicho que el sistema educativo, aún siendo en realidad un aparato ideológico del Estado goza de cierto margen de autonomía —a diferencia de otros aparatos del Estado— precisamente porque una de sus funciones es revestir al sistema social y político imperante de un rasgo de universalidad que lo legitime. De cualquier modo, nunca se permite que esa relativa libertad, útil en tanto restringida, se amplía al punto de oponerse a la ideología dominante en el Estado.

## 10. COMPROBACIÓN EPISTEMOLÓGICA

El razonamiento anterior respondía a la necesidad de una comprobación empírica, fáctica, de la tesis que estamos sosteniendo. Pero la misma



demostración se obtiene al analizar, en un plano más estrictamente epistemológico, las limitaciones que enmarcan el proceso mismo de la investigación científica. En este nivel opera un formidable equívoco que caracteriza a toda una cultura, que denominaremos cultura burguesa en el sentido sociológico de la palabra. El desarrollo concreto de la ciencia se identifica con el progreso de la economía moderna que, como se sabe, se caracteriza por su modalidad capitalista. Como hechos históricos reales el desarrollo de la Física, la Química, la Biología, o las Ciencias Humanas no se explican de otro modo que por las necesidades generadas por la expansión del comercio, la revolución industrial, las guerras, la formación de los Estados modernos, etcétera. Dicho de otra forma, la ciencia moderna forma parte de la constitución y desarrollo del capitalismo y el tipo de sociedad y de Estado que lo caracteriza. Ello es su estímulo, su necesidad social, su fuente de recursos. Por la misma razón, constituye su marco político. Pero la teoría formalista de la ciencia ha procedido a *vaciarla* de su raíz histórica con todo lo que implica: su vinculación con las formas de producción, con las relaciones sociales, con el Estado, etc. De este modo la elevó a la categoría de una realidad independiente, con su propia historia: la historia de la ciencia.

Desarraigada del suelo en que crece o, mejor dicho, construida por vaciamiento su imagen de proceso autónomo, la ciencia no parece responder a otras condiciones que a la estructura lógica del pensamiento y a la naturaleza de su objeto. Elevada a forma pura, aparece con una legalidad propia y única, de carácter puramente gnoseológico. Se genera así el *fetichismo* de la ciencia.

La ciencia, que en realidad es un esfuerzo concreto y cotidiano de trabajadores intelectuales de carne y hueso, que producen para una institución determinada (universidad, empresa), circunscriptos a definidas condiciones económicas, políticas y morales, la ciencia, decimos, aparece idealizada, y la validez formalmente universal de su proceso lógico es utilizada para calificar su historia, como algo que se desenvuelve al margen de todo particularismo, de toda condición material o política, de toda limitación histórica, de toda ideología.

Finalmente se procede a una tercera operación. Tras su vaciamiento y su fetichización, la *inversión* de su vínculo con la realidad histórica y social. Ese vínculo se presenta como la aplicación de la ciencia a la producción, la salud, las relaciones sociales, etc. Pero en este caso es la ciencia la que condiciona la realidad, no la realidad la que condiciona la ciencia. La inversión de la relación ciencia-sociedad permite presentarla con apariencias de universalidad, pureza ideológica, objetividad, desinterés prác-

tico. De las mismas cualidades se reviste, por extrapolación, el hombre de ciencia y la institución científica (la universidad, por ejemplo). El científico, sacerdote única y totalmente obediente a la ciencia (y lo mismo el templo del saber en que profesa) se presenta como trabajando para la humanidad en general, para la sociedad en su totalidad, para el progreso, el desarrollo, etc. cuando en realidad lo hace para la clase hegemónica en la sociedad en que vive, para el Estado o la empresa que lo mantiene.

Con aquella santa suposición de pureza y autonomía, miles de científicos que trabajan en este momento en cientos de universidades y empresas, efectuando las investigaciones necesarias para la producción de armamentos y explosivos, desfoliadores y gases letales, máquinas innecesarias de toda índole para sostener la ficticia "sociedad de consumo", métodos psicotécnicos para someter a trabajadores e "interrogar" prisioneros, satélites de espionaje internacional, encuestas contra-insurreccionales, etcétera, encuentran en esa concepción idealizada del trabajo intelectual un motivo para prestarse a esos fines sin remordimiento, ya que "no hacen política sino ciencia".

De la misma *ideología* de la ciencia se favorece la universidad, permanentemente solicitada por ofertas de financiación para programas de investigación destinados, naturalmente, a aumentar el saber humano, por parte de grandes empresas monopólicas o las fundaciones que las representan, u organismos oficiales extranjeros, por lo común pertenecientes a los estados mundialmente hegemónicos, u organismos internacionales sobredeterminados por esos mismos estados.

El trabajo científico, considerado a la luz de una epistemología no formalista, es decir, no fetichista, es ideológico no necesariamente en forma explícita o por su contenido, sino por connotación, es decir, por el significado que las condiciones concretas en que se elabora el conocimiento le imponen. Encerrado el investigador en el laboratorio y rodeado de instrumentos, sólo le resulta dominante el tratamiento del tema y el problema del método. Recortando de este modo molecular el trabajo científico, es formalmente objetivo y parece ajeno a toda otra condición que no sean las lógicas y metodológicas. Pero las áreas de investigación a que él se aplica, los temas que se propone, los supuestos teóricos con que opera, los instrumentos que utiliza, están socialmente condicionados. Como proceso de trabajo colectivo, operando en instituciones vivas como una universidad o una empresa, enmarcado en condiciones económicas y políticas definidas, el trabajo científico es a la vez objetivo e ideológico, según cuál de sus aspectos se considere.

## 11. CONCLUSIONES

Podemos ahora resumir las comprobaciones en materia de universidad e ideología. La primera es que la universidad no es libre. La segunda es que el trabajo científico es siempre ideológico. Lo mismo puede decirse de cualquier otra forma de la producción intelectual o cultural. Considerada en sí misma, eso no es una calificación peyorativa. Es legítimo que la ciencia esté atada a la sociedad y, dado que ésta se halla siempre estructurada de un modo determinado, es natural que la ciencia lo refleje en su producción. Lo que no es legítimo es ocultar ese carácter ideológico mediante una concepción falseada de la ciencia, para calificar a ideologías de oposición como no científicas, como políticas, en contraposición con la objetividad del trabajo “específicamente académico”.

La universidad no es neutral: sirve a un sistema social determinado. La tarea académica no es apolítica: es ideológica. Los contenidos de enseñanza no son universales más que en su forma. La ciencia no es objetiva más que en abstracto. Las cátedras no son libres sino para difundir la “ciencia oficial”, a menos que haya razones políticas para dar un pequeño e inofensivo lugar a la ciencia independiente. (Se entiende, ciencia independiente del sistema imperante, no de la realidad social).

Invirtiendo los términos de las isotopías de la ideología burguesa, queda en evidencia que la universidad es ideológica y aun dogmática. Como su ideología es la misma que respiramos desde que nacemos, no la percibimos como tal sino como lo natural, lo normal: la cultura, la ciencia, la moral, la tradición. Las opiniones heterodoxas, en cambio, se recortan visiblemente sobre ese fondo aparentemente neutro, y son entonces marcadas como si solo ellas fueran ideologías.

En fin, los argumentos contrarios al cuestionamiento ideológico son idealizaciones que ocultan la función política e ideológica de la universidad y de sus cátedras e institutos. Es por ello que, a como lo relatamos antes, los estudiantes no se sienten obligados a elaborar teorías para justificar el cuestionamiento que realizan. Lo ideológico es un rasgo constitutivo de la universidad y el sistema lo cuestiona permanentemente. ¿Por qué no los estudiantes, que gracias a no ser todavía del todo *educados* (es decir, adaptados al sistema) están en mejores condiciones que sus profesores de entrever una posibilidad distinta, un mundo nuevo?

# BIBLIOGRAFÍA

1. CASTEX, MARIANO; DE ROBERTIS, EDUARDO; SÁBATO, JORGE; OLAVARRÍA, JOSÉ MÁNUEL; GARCÍA, ROLANDO: *¿Qué posibilidades tiene el desarrollo científico en la Argentina de hoy?* Mesa redonda, revista "Ciencia Nueva", N° 12, Buenos Aires, 1971.
2. COHN-BENDIT, D.; SARTRE, JEAN-PAUL; MARCUSE, HERBERT: *La imaginación al poder*. Buenos Aires, 1969.
3. *Apuntes sobre la rebelión de los jóvenes*, en "Cuarto Cuaderno de La Plata". La Plata, diciembre de 1970.
4. CHOSMKY, NOAM: *La responsabilidad de los intelectuales*. Barcelona, 1969.
5. DELICH, FRANCISCO JOSÉ: *Crisis y protesta social*. Córdoba, mayo 1969, Buenos Aires, 1970.
6. ESTUDIANTES DE ESCUELA DE BARBIANA: *Carta a una profesora*. Montevideo, 1970.
7. FRANK, ANDRÉ G.; REAL DE AZÚA, CARLOS y GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO: *La sociología subdesarrollante*. Montevideo, 1970.
8. FREIRE, PAULO: *Pedagogía del oprimido*. Montevideo, 1970.
9. GERMANI, GINO y SAUTU, RUTH: *Regularidad y origen social de los estudiantes universitarios*. Buenos Aires, 1965.
10. GORZ, ANDRÉ; MANDEL, ERNEST y otros: *Francia 1968: ¿Una revolución fallida?* Buenos Aires, 1969.
11. GRACIARENA, JORGE: *La Universidad y el desarrollo de un estrato profesional urbano en la Argentina*. Buenos Aires, 1963.
12. HALPERIN DONGHI, TULIO: *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1962.
13. HOROWITZ, IRVING LOUIS (comp.): *Historia y elementos de sociología del conocimiento*. Buenos Aires, 1964.
14. LIPSET, SEYMOUR M.; SOLARI, ALDO E.: *Élites y desarrollo en América latina*. Buenos Aires, 1967.
15. *L'Homme et la Société*, N° 16. París, abril-junio de 1970 (dedicado a los movimientos estudiantiles).
16. MATTELART, ARMAND: *La mitología de la juventud en un diario liberal* (en "Cuadernos de la Realidad Nacional", N° 3, de la Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1970).
17. MATTELART, A.; CASTILLO, C.; CASTILLO, L.: *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*. Buenos Aires, 1970.
18. NIETO, ALEJANDRO: *La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos*. Barcelona, 1971.
19. *Ciencia y neocolonialismo*. North American Congress on Latin America (NACLA), Buenos Aires, 1971.
20. RIBEIRO, DARCY: *La Universidad necesaria*. Buenos Aires, 1970.
21. ROSSANDA, R.; CINI, M.; BERLINGUER, L.: *Tesis sobre la escuela*. Buenos Aires, 1971.
22. TOURAINE, ALAIN: *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*. Buenos Aires, 1970.
23. VERÓN, ELISEO: *Las ideologías están entre nosotros*, en "Conducta, Estructura y Comunicación", Buenos Aires, 1969).
24. WSHEBOR, MARIO: *Imperialismo y universidades en América latina*. Montevideo, 1971.
25. Diarios "Clarín", "El Día", "La Nación" y "La Opinión": crónicas, declaraciones y resoluciones de asambleas estudiantiles, años 1969, 1970 y 1971.